

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 6

Retos para la Misión de hoy



Tema 3

EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

PRESENTACIÓN

En los últimos años, se está dando un clima de cierta inquietud ante la llegada de numerosas personas de otros continentes, culturas y religiones a nuestros pueblos y ciudades. Algunos creen que la solución más rápida sería intentar no perder la paz y mantener la concordia. Es una buena actitud, pero rara vez conduce a un verdadero encuentro entre creyentes. Las tensiones religiosas en otros países donde viven creyentes de credos diferentes no sólo nos interrogan sobre cuáles pueden ser las consecuencias de estos conflictos religiosos, sino sobre cuál puede ser la situación aquí, cuando tengamos que compartir nuestras vidas con personas de otras culturas y religiones. La tradicional tendencia a pensar que se puede convivir con cualquier persona, si no me molesta, puede estar amenazada por el hecho de que los miembros de una comunidad musulmana, budista o cristiana no viven en compartimentos cerrados, sino que, tarde o temprano, están obligados a construir su convivencia a partir de las relaciones cotidianas con las personas que están a su alrededor. La experiencia dice que la calidad de una tal convivencia depende de la manera en que cada creyente integra en su vida el diálogo, las relaciones y la colaboración con los otros creyentes.

El Concilio Vaticano II nos hizo descubrir que la misión tiene su origen en la Trinidad: *“La Iglesia es misionera porque procede de la Misión de Jesucristo y del Espíritu Santo, según el proyecto del Padre”* (AG 2). La misión, más que un mandato, es la naturaleza de la Iglesia; ser cristiano es ser misionero, ser enviado, como el Hijo, para comunicar la Misión del Padre. El decreto *Lumen gentium* habla de la Iglesia como Pueblo de Dios en marcha hacia el Reino, acompañando a todos, incluso a los que están fuera de la Iglesia. La declaración *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, aunque fue el más breve de los documentos conciliares, sigue siendo un punto de referencia para el diálogo interreligioso: *“No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios”* (NA 5).

El decreto *Ad gentes* afirma que *“la Iglesia acepta lo que hay de verdad y gracia en las tradiciones religiosas”* (AG 9) *“que Dios ha dispensado a las naciones en su magnanimidad”* (AG 11). Y *Lumen gentium* declara que *“los que sin culpa de su parte desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, pueden conseguir la salvación eterna”* (LG 16). En estos documentos hay una llamada al diálogo sincero y paciente, deseando que *“un diálogo confiado pueda conducir a todos a aceptar francamente las llamadas del Espíritu y a seguirlas con ardor”* (GS 92).

Desde la realidad

1. Seguro que en tu trabajo, barrio, etc., te encuentras con personas de otras religiones (Iglesias protestantes, ortodoxos, musulmanes, religiones asiáticas...). ¿Cómo te relacionas con ellas?
2. ¿Qué idea tienes del islam, del budismo, del hinduismo y de los cristianos de otras Iglesias (protestantes y ortodoxos)?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. A partir del Sínodo de la Evangelización

En el Sínodo sobre la Evangelización (1974), los obispos asiáticos defendieron una teología abierta sobre las grandes religiones del mundo y un acercamiento a ellas por el diálogo como “parte intrínseca de la misión de la Iglesia”. Juan Pablo II, en su primera encíclica, *Redemptor hominis* (1979), valora “la fuerza del testimonio de otras religiones, efecto del Espíritu de verdad que opera más allá de las fronteras visibles del Cuerpo Místico” (RH 6). De donde se concluye que “la misión de la Iglesia debe respetar lo que el Espíritu, que sopla donde quiere, opera en los miembros de otras fes religiosas” (RH 12).

El documento *La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones*, publicado en 1984 por el Secretariado para los No Cristianos, declara: “El diálogo es fundamental para la Iglesia y se inserta en la misión salvadora de la Iglesia. La evangelización es respeto y escucha del otro. El objetivo del diálogo es un encuentro entre creyentes ‘para caminar juntos hacia la verdad y trabajar juntos en proyectos de interés común’” (13). No se trata de una mera coexistencia pacífica, es un viaje de descubrimiento mutuo, un peregrinar juntos. El objeto es la conversión, no de una religión a otra, sino de ambos interlocutores a Dios.

Los obispos de Asia insistieron en el Sínodo de 1985 en que “el diálogo debe ser considerado como elemento integral de la evangelización, ya que las religiones están situadas en el plan general de salvación querido por el amor misericordioso de Dios por toda la humanidad en Cristo”. La encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II (1990) y los Sínodos de África y Asia también hablan claramente de la preocupación de la Iglesia en sus relaciones con las religiones: “La relación de la Iglesia con las demás religiones está guiada por un doble respeto: respeto por el hombre en su búsqueda de respuesta a las preguntas más profundas de la vida, y respeto por la acción del Espíritu en el hombre” (RM 29). El Espíritu de Cristo nos invita a tener en cuenta y a constatar su presencia en el co-

razón de toda persona, dondequiera que esté y cualquiera que sea el grupo religioso al que pertenezca. El Espíritu nos guía, respetando nuestra libertad, hacia “el Reino que tiende a transformar las relaciones entre las personas, a medida que aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente” (RM 15). Por todo ello, “el Diálogo Interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia” (RM 55). Pero el diálogo no es un medio para ganar adeptos e incrementar el número de miembros de la Iglesia, “no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias” (RM 56). Es esta nueva visión la que ayuda a comprender que no se puede reducir la evangelización a la proclamación de Jesucristo y a la sacramentalización consecuente, sino que actividades como el diálogo interreligioso deben ser entendidas como auténticas formas de evangelización.

Para los Padres conciliares, “Cristo ha muerto por todos; el Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que sólo Dios conoce, la posibilidad de estar asociados al Misterio Pascual” (GS 22). En este ambiente, el Concilio hizo suyo el texto de San Justino sobre las semillas del Verbo, diciendo que están presentes no sólo en las disposiciones subjetivas de los fieles de otras religiones, sino en ciertos elementos objetivos que las componen, como sus ritos y culturas. El Verbo de Dios ha sembrado sus simientes no sólo en los corazones de las personas, sino en las tradiciones religiosas de la humanidad. Así pues, podemos decir que las religiones no cristianas son o pueden ser vías providenciales que lleven al Dios de la salvación. Como dijo Karl Rahner: “Quien se confía a Dios en la fe y la caridad está salvado, aunque su manera de conocer a Dios sea imperfecta, porque la salvación depende de la respuesta del hombre a la comunicación personal que Dios le hace”.

La salvación consiste en la comunicación personal entre Dios y el hombre, tal como se realiza en Jesucristo y de la cual la humanidad de Jesús es el sig-

no. Las prácticas religiosas son la manera de concretar esa experiencia personal de Dios. Por ello podemos decir que son caminos de salvación en Jesucristo que, como humanidad, está presente en esa experiencia humana. Dios encuentra a los hombres en Cristo; es decir, Dios nos encuentra en el rostro humano de Jesús, que refleja el rostro del Padre. De esta manera, los dos ejes de nuestra fe quedan unidos: Dios salva a todos y Cristo es central en ese plan de salvación.

Se comprende, pues, que el apóstol Pedro proclamase: “Dios, conocedor de corazones, testificó en favor de los paganos, dándoles el Espíritu Santo como a nosotros” (Hch 15,8); es decir, que el Espíritu está presente en todo hombre y los cristianos no tenemos el monopolio de sus dones. Por su parte, AG 4 reconoce la acción del Espíritu en el mundo, antes de la glorificación de Cristo. “La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a la cultura y a las religiones” (RM 28).

II. Fundamentos teológicos del diálogo

Se puede decir que el amor es el fundamento del diálogo, exactamente como lo es de la misión evangelizadora de la Iglesia. “Dios es amor. Este amor salvífico de Dios fue revelado y comunicado a la humanidad en Cristo y está presente y activo en todo el mundo a través del Espíritu Santo” (*La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones*, 9). Dios, que es el origen y la meta de toda la humanidad, desea la salvación de todos. Sin embargo, aunque llama a todos a servirle en espíritu y verdad, no ejerce coacción. “Dios respeta a la persona humana que Él mismo creó; la persona humana tiene que ser guiada por su propio juicio y gozar de libertad” (DH 11). Este respeto de la libertad religiosa constituye la base del diálogo interreligioso.

A través de la Encarnación, el Hijo de Dios se unió, en cierto modo, con todos los miembros de la raza humana. La salvación en Cristo está abierta a todos. Esto vale no sólo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo

corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre, en realidad, es una sola, divina. En consecuencia, “debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este Misterio Pascual” (GS 22).

Así pues, la Iglesia está llamada a ser signo de amor. La Iglesia “es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1), y debe reflejar el amor divino a través de sumisión evangelizadora, en todos sus elementos. Puede decirse que la presencia y el testimonio cristianos constituyen una respuesta de fe al Dios que tanto nos amó que entregó a su único Hijo por nosotros. El diálogo interreligioso comparte el respeto de Dios a la libertad humana y su paciencia con las criaturas que caminan juntas hacia la verdad, cada una a su modo y de acuerdo con su propio ritmo. La proclamación del Evangelio es la comunicación de la buena nueva del amor de Dios.

III. Orientaciones pastorales

El verdadero diálogo exige aceptar espontáneamente la coexistencia de credos diversos, así como un compromiso en favor del Evangelio, convencidos de que avanzamos en el encuentro con Dios

que está en mi interlocutor. Para dialogar se precisa una gran humildad, porque la fe es un don, lo que supone ser vulnerable, como lo fue Jesús ante la mujer sirofenicia (Mc 7,24-30). En el diálogo interre-

ligioso es necesaria una actitud positiva, libre de prejuicios, apertura para conocer y reconocer a Dios en el otro, y modestia para caminar juntos hacia la verdad. Nuestra fe es justa y verdadera y debemos proclamarla, pero no como jueces, sino como testigos; no como soldados, sino como mensajeros de paz; no como vendedores que someten a presión al comprador, sino como embajadores del Señor Servidor.

Además de estas condiciones, están las exigencias internas al diálogo mismo, la capacidad de empatía para entrar en la experiencia del otro y comprenderla desde el interior. Para ello, hay que superar el nivel de los conceptos en los que se expresa imperfectamente la experiencia humana. Este esfuerzo de comprensión y de empatía es la parte profunda del diálogo interreligioso, porque “conocer la religión del otro es algo más que estar informado sobre su tradición religiosa; implica entrar en la piel del otro, caminar con sus sandalias, ver el mundo como el otro lo ve, hacerse las preguntas del otro, penetrar en el sentido que tiene el otro de su ser musulmán, cristiano o budista” (F. Whaling). Y es aquí donde surgen las dificultades y los problemas. ¿Hasta qué punto es posible y legítimo entrar en la piel del otro para vivenciar sus experiencias religiosas, para compartir una fe diferente de la nuestra? Lo que debe estar claro es que no se puede prescindir o dejar de lado la fe personal, porque entonces no sería un diálogo interreligioso. Por eso, no se puede aceptar un sincretismo o un eclecticismo que busca lo común entre todos para llegar a una amalgama que a todos conveniga. Hay que ser honrados para aceptar y respetar las diferencias.

El diálogo con los creyentes de otras religiones busca la comprensión en la diferencia, la estima sincera de las convicciones de los demás, incluso sabiendo acoger los interrogantes que la fe de la otra persona provoca en mi experiencia personal. Así se puede vivir un diálogo de igual a igual en el que no se exige la abolición de la diferencia. Desde esta perspectiva, se comprende la definición que hicieron los obispos africanos del diálogo: “*El diálogo es el espíritu que subyace en toda misión cristiana, es un cambio de óptica del espíritu, una actitud de respeto y amistad hacia los que tienen un punto de vista diferente. Es flexibilidad y apertura a la verdad, sin mirar de qué lado viene, para que la búsqueda de la Verdad sea más libre. La persona en diá-*

logo trata de eliminar todo prejuicio, intolerancia y malentendidos inútiles. Muestra la apertura a la acción del Espíritu en cada persona, religión o grupo, y de ahí una disponibilidad a aceptar la profundidad de la experiencia religiosa de los otros” (Sínodo de África, Documento de Trabajo, 78).

El documento *La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones* habla de cuatro formas de diálogo interreligioso: el diálogo de la vida cotidiana, el compromiso común por la justicia y la promoción humana, el diálogo entre especialistas y, por último, el compartir de experiencias religiosas en una búsqueda común del Absoluto. Entrar en esta dinámica es aceptar que “el diálogo es el camino de Cristo y nosotros debemos coger ese camino” (Mons. Komenan), es creer que “caminamos juntos hacia la Verdad”, porque el testimonio de los otros creyentes es un verdadero reto para nosotros: el reto de volver a formular ciertos conceptos teológicos que tocan el centro de la fe cristiana, como la persona de Jesucristo, el concepto de Trinidad, el sentido de comunidad. Ahora bien, el verdadero diálogo debe pasar de una discusión sobre la religión a un diálogo de fe, a la búsqueda de Dios; es decir, de un diálogo inter-religioso a un diálogo intra-religioso. Vividos en su intensidad, estos retos producen a la larga unos frutos de tal contenido que pueden renovar nuestra propia experiencia religiosa. El primero es que esto nos ayuda a profundizar en nuestra fe, porque el otro creyente nos muestra aspectos del Misterio divino que quizá nosotros percibimos menos claramente. El segundo es que nos ayuda a purificar la propia fe aceptando que nuestra manera de ver y juzgar las personas y la historia está marcada por prejuicios culturales que deben ser rechazados porque atacan a la persona.

Que los cristianos creamos firmemente que Jesucristo es Señor y Salvador, el único mediador entre Dios y el hombre (1 Tm 2,4-6), no debe impedirnos el encuentro con personas de otras religiones. Dios ha estado, y está, actuando en los corazones de todos los creyentes y de sus tradiciones religiosas. “*Por eso todo diálogo, que en sí mismo ya es anuncio, está orientado al anuncio misionero porque se fundamenta en la esperanza y en la caridad. Este estilo dialogal con el que vive otra experiencia religiosa es un camino de búsqueda profundamente misionero*” (Comisión Episcopal de Misiones, *La misión ‘ad gentes’ y la Iglesia en España*, p. 33).

Para la reflexión personal

Puedes centrar tu reflexión sobre este tema en los siguientes puntos:

- Lee Jn 4 y Mt 8,5-13 y trata de entrar en las actitudes de Jesús hacia los no judíos.
- ¿Cuáles son tus actitudes hacia la gente de otra raza y religión?
- ¿Sabes apreciar a los que piensan de manera diferente y valorar su cultura?
- ¿Qué es para ti el diálogo?
- ¿Desde dónde debes partir para dialogar con el otro?
- ¿Cómo tratas a los que son distintos a ti en raza, cultura y religión? ¿Qué piensas de ellos?
- ¿Crees que sólo los cristianos poseemos la Verdad? ¿Qué es para ti la Verdad?

Para el trabajo en grupos

Algunas sugerencias para avanzar en común:

- 1** Organizad un encuentro entre personas que pertenecen a distintas religiones. Podría ser una merienda en la que cada uno aportara algo de sus costumbres y preparara un plato característico.
- 2** Visitad a las familias que están en el barrio; se puede hacer en colaboración con Caritas. Cread contactos.
- 3** Organizad celebraciones juntos, como una Jornada por la Paz, con textos y cantos de cada religión.

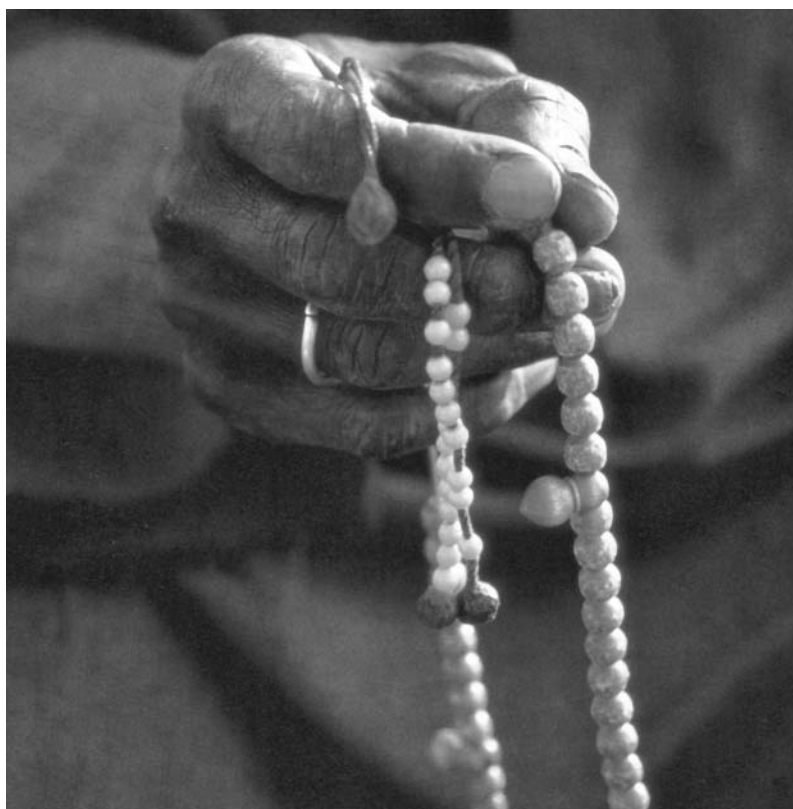
TESTIMONIO

ENTRE LOS MUSULMANES DE DAKAR

En el corazón musulmán de la populosa ciudad de Dakar, capital de Senegal, vive y trabaja nuestra comunidad de Taizé, con seis hermanos y algunos estudiantes africanos (en total, ocho nacionalidades). Comenzamos en respuesta a la invitación, lanzada hace años por el hermano Roger, fundador de Taizé, de abrir más comunidades en países musulmanes.

La idea era vivir en un barrio popular, un lugar donde convivir con la gente pobre, donde nos pudiéramos integrar y ser aceptados por ellos. Nos parecía importante situarnos en ese contexto popular y encontrar una casa donde la gente no tuviera reparo o temor para entrar, un lugar de encuentro para todos, un lugar para hablar, compartir, conocerse en la medida de lo posible.

La casa está abierta a todos, y son los niños, los jóvenes, las mujeres y los ancianos los que más la frecuentan. Todos ellos se sienten en casa, escuchados, acogidos, apoyados. A través de ellos, nos han ido conociendo y aceptando, aunque, por otra parte, no es que hagamos mucho. Sobre todo, se trata de ayudar a esta gente a "estar en pie", a tratar de arreglárselas con sus propias fuerzas, evitando crear dependencias.



¡Estamos aquí! Y no es poco estar verdaderamente presentes en la vida del barrio, rezar y trabajar, permanecer abiertos y acogedores y, al mismo tiempo, seguir sintiéndonos extranjeros, frecuentemente maravillados y desorientados por una mentalidad y una cultura que no llegamos a comprender del todo. Estamos aquí y seguimos haciendo las cosas que sabemos hacer: la oración, el trabajo para ganarnos la vida, la acogida y el compartir. Hacemos lo que podemos con nuestros pocos medios y según nuestro carisma. Sin ilusionarnos sobre nuestra ca-

pacidad de cambiar la vida de esta multitud de personas.

No queremos caer en la trampa de sentirnos atormentados por el ansia de resolver todos los problemas. Tratamos de trabajar con las víctimas de la injusticia y de la marginación, hombres, mujeres, niños heridos por la vida; tratamos, ante todo, de valorizar los recursos humanos que se encuentran en la gente que, aunque sencilla y pobre, está dotada de una gran humanidad y muchas potencialidades.

HERMANO DÈNIS
Misionero Javeriano

ORACIÓN

“Sólo el cielo puede ser espejo tuyo, Señor Sol”, suspiró la gota de rocío. “¿Qué puedo esperar? Soy tan pequeña...”. Y se echó a llorar, desconsolada.

Le contestó el Sol: “Es verdad que yo lleno el cielo infinito; pero también puedo estar en ti y en las otras gotitas de rocío. Yo haré que mi rayo de luz os llene, para que cada una de vosotras llene el mundo de LUZ”.

(Rabindranath Tagore)

Dios mío, recuérdame tu voluntad; si me recuerdas mi voluntad, haz que sea en mí una fuerza para realizar la tuya.

Dios mío, si rechazas lo que yo quiero, haz que esto sea una disponibilidad para hacer lo que Tú quieras.

(Plegaria musulmana)

*Queridos, amémonos unos a otros,
porque el amor viene de Dios
y todo el que ama ha nacido de Dios
y conoce a Dios.
El que no ama no ha conocido a Dios,
porque Dios es amor.*

*A Dios nadie le ha visto nunca;
si nos amamos mutuamente,
Dios permanece en nosotros
y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.
En esto conocemos
que permanecemos en Él y Él en nosotros:
en que nos ha dado de su Espíritu.*

(1 Jn 4,7-8.12-13)